

Amanecer de hierro

Charles Stross

Traducción:  
Manuel Mata Álvarez-Santullano



Para Olivia y Howard

## Agradecimientos

Gracias a Emmet O' Brien, Caitlin Blasdell, Andrew Wilson, Simon Bisson, Cory Doctorow, Ken McLeod y James Nicoll. Más en concreto, me gustaría señalar a Emmet, por ir mucho más allá de lo que cabe esperar de un lector; a Caitlin, mi agente, por hacer las preguntas necesarias, y a Geoff Miller, por una cita realmente inspiradora.

Prólogo  
La niña Miércoles

## IMPACTO: T más 1392 días, 18 horas, 09 minutos

Miércoles corría por los oscuros pasillos de la estación con el corazón acelerado. Tras ella, invisible todavía, pero percibido como una presencia constante y amenazadora, venía su implacable perseguidor: un perro. El cancerbero no tendría que haber estado allí; ella tampoco. Vieja Terranova Cuatro estaba en proceso de evacuación definitiva, y se suponía que la última nave tendría que haber salido de la zona de atraque Verde catorce minutos antes —un icono tatuado en la cara inferior de su ojo izquierdo así lo indicaba, junto a una cuenta atrás— para dirigirse a la región del espacio vacío más próxima desde donde dar el salto a lugar seguro. En el programa de lanzamiento no había lugar para adolescentes fugadas, capitanes dresdeneses enloquecidos con órdenes secretas, ni perros de la gestapo de mirada asesina. Miércoles, al borde del pánico, jadeaba desesperadamente con los pulmones ardiendo a causa del aire enrarecido. Tenía dieciséis años, y si no encontraba la manera de despistar al perro y regresar al centro de embarque muy pronto...

No quería seguir allí cuando llegase el frente de la onda.

A tres punto seis años de allí, casi tres punto seis años antes, habían muerto los doscientos millones de habitantes de un insignificante McMundo llamado Moscú. Moscú, un estado con ciertas tendencias aislacionistas, aunque no totalmente atrasado, se encontraba sumido en un período de levantamientos políticos, y enzarzado en una desagradable disputa mercantil con Nueva Dresde, algo relacionado con la biodiversidad y el libre comercio, los negocios de ingeniería genética aplicada a la agricultura y los controles sobre la tasa de intercambios. Vieja Terranova Cuatro, estación Once, era el último territorio soberano de la República Federal de Moscú. Cuatro horas antes habían arriado la bandera en el vestíbulo del centro, tocado la última retreta con una fanfarria final de metales, y marchado lentamente hacia el lugar de embarque. Fin de la partida, nación disuelta.

Todo había empezado cuando, como consecuencia de un malentendido, varias naves de guerra de Nueva Dresde habían abordado un carguero procedente de Moscú. Se habían producido disparos en una zona de embarque abarrotada. Entonces, alguien —hasta el día presente, el gobierno de Nueva Dresde negaba rotundamente toda responsabilidad en el asunto, a pesar de lo cual, por si las moscas, había ordenado la ejecución de sus predecesores— había atacado Moscú con un dispositivo prohibido.

Miércoles no recordaba Moscú con demasiada claridad. Su padre era un ingeniero especializado en el ciclo del nitrógeno, y su madre una ecóloga que trabajaba con protozoos. Habían vivido en la estación desde que ella tuviera cuatro años, como parte del equipo encargado de mantener en funcionamiento el inmenso corazón del enorme complejo orbital. Pero ahora ese corazón había dejado de latir. No tenía sentido seguir fingiendo lo contrario. En menos de un día, la onda expansiva de la pira funeraria de Moscú Principal los golpearía con la fuerza de un ariete y sembraría el caos sobre cualquier orbital que no estuviera protegido por treinta metros largos de metal y roca. La vieja Terri, que orbitaba majestuosamente alrededor de una enana marrón desprovista de planetas, era, sencillamente, demasiado pequeña y demasiado frágil como para sobrevivir al nacimiento de una supernova a poco más de un pársec de distancia.

Miércoles llegó a un cruce. Se detuvo y, con la respiración entrecortada, trató de orientarse mientras reprimía un aullido de desesperación. ¿Izquierda, derecha, arriba o abajo? Descender a los niveles de viviendas de la gran rueda había sido un error. Había ascensores y túneles de emergencia hasta el núcleo, y también hasta la zona de maquinaria. La oficina de correos, el control de tráfico, las aduanas y las zonas de bioaislamiento, situadas en la central, se encontraban todas cerca de la sección de mantenimiento. Pero el extremo superior de aquella rueda presurizada estaba a sesenta metros, y luego había que preparar otros cien antes de llegar, y si utilizaba los ascensores, el perro se daría cuenta. Allí abajo la fuerza centrífuga era demasiado elevada, y tiraba de Miércoles con tanta fuerza como la gravedad real. No podía volver la cabeza bruscamente sin marearse y los pies le parecían hechos de plomo. Con la fuerza de Coriolis tratando de arrojarla al suelo, subir por la escalerilla sería dolorosamente lento, al menos al principio.

El nivel de iluminación de los paneles del techo se había reducido a Luz de Luna Siete. Las enredaderas del pequeño jardín del cruce estaban mustias tras dieciocho horas de penumbra. En aquel lugar todo estaba muerto o agonizante, como el cuerpo que había encontrado en el baño público, dos cubiertas y tres segmentos antes. Al darse cuenta de que el perro seguía tras su rastro, había corrido hacia el apartamento que compartía con sus padres y su hermano menor, con la esperanza de que el olor confundiera al sabueso mientras ella conseguía llegar a otra de las naves de evacuación. Pero ahora que estaba atrapada con él allí abajo comprendía que lo que tendría que haber hecho era dirigirse a las oficinas de control de tráfico y atrancar las puertas.

Su entrenamiento, ejerciendo el papel de su voluntad, le obligó a ponerse en marcha. El sector estaba ocupado por varias oficinas, una comisaría, las aduanas y los monitores de comercio, así como el pequeño conglomerado de servicios que se ocupaba de las necesidades de todos estos establecimientos en horas de trabajo. Las oscuras puertas de las oficinas estaban abiertas, no había nadie a la vista, y las mesas y sillas del interior estaban empezando a acumular polvo. Con enorme lentitud, entró en la comisaría. Tras el mostrador, una pantalla de anuncios

repetía intermitentemente el siguiente mensaje: «Comisaría cerrada». Jadeando por el esfuerzo se encaramó a la barrera, que le llegaba a la altura del pecho, y se dejó caer al otro lado.

El saquillo de cuero que Herman le había pedido que llevara le golpeaba en la cadera. Lo maldijo a él y a su contenido. La mitad era papel: un papel denso, ligeramente rugoso, escrito con una tinta real, que no se deslizaba y adoptaba diferentes formas cuando uno rozaba el margen. Material estúpido, el tipo de medio que utilizabas cuando no querías, bajo ningún concepto, que un gusano de infoguerra husmeara en tus comunicaciones. Al fondo de la bolsa había un cartucho lleno de información: los registros de la oficina de aduanas. Informes que para alguien eran lo bastante importantes como para intentar matarla.

Girotó ligeramente un anillo para subir las luces al nivel Crepúsculo Tres y miró a su alrededor. Ya había estado allí antes, cuando el alguacil Barna le había concedido un año para recorrer las instalaciones. En realidad había sido una forma indirecta, expresada a la manera de los adultos, de explicarle lo que debía hacer para no meterse en líos. Ahora las cosas eran diferentes, y las oficinas, las zonas de detención y las salas de espera estaban tan vacías como las cuencas de un cráneo. La administración creía saberlo todo sobre los jóvenes, pero se equivocaba. Había visto el armario cerrado con llave de la sala de armamento y le había preguntado a Peter por su contenido: granadas de espuma adhesiva y gas pimienta, máscaras de gas y esposas, por si se producían tumultos. «En caso de motín, romper el cristal». En general, Vieja Terri era un lugar pacífico. Solo había habido un asesinato y un puñado de peleas en los últimos treinta años. Las autoridades pensaban que un equipo SWAT era lo que se debía enviar cuando aparecía un nido de avispas en un conducto de ventilación. Se detuvo junto al armarito, lo abrió y cogió algo que parecía más útil.

Al oír el ruido de unas patas sobre el suelo, fuera de la oficina, se detuvo.

## IMPACTO: T más 1392 días, 17 horas, 30 minutos

—¿Qué quiere decir que se ha perdido? —preguntó con irritación el alguacil Ito—. ¿Es que no puede controlar a sus hijos...?

El hombre alto y encorvado se pasó los dedos por su escasa cabellera.

—Si tuviera usted hijos... ¡No, perdona! Mire. Sé que tenía una placa de embarque porque se la puse yo mismo en la chaqueta, ¿sabe? No está aquí y me da miedo que haya podido irse a casa o yo qué sé.

—¿A casa? —El agente se levantó el visor y miró fijamente al preocupado padre—. No será tan tonta, ¿verdad?

—¡Niños! —Le salió como una maldición, aunque no pretendía serlo—. No, no creo que sea tan tonta. Pero el caso es que no está en la nave. O al menos ha

desactivado los implantes... El alguacil Klein le envió una señal de aviso hace una hora. Y esta mañana parecía preocupada por algo.

—Mierda. Implantes, ¿eh? Daré el aviso, ¿de acuerdo? Ahora mismo, esto es una locura. ¿Tiene usted la menor idea de cómo es tratar de reubicar a quince mil personas? Probablemente acabe apareciendo en el sitio más inesperado, las zonas de servicio o algo así. O quizá haya decidido montarse en el *Sueño de Sikorsky* una vez antes de embarcar. Aparecerá, se lo prometo. ¿Su ID completa es...?

—Victoria Strowger, dieciséis años. ID 3 con ese nombre.

—Ah, muy bien. —Hizo una serie de gestos extraños con los anillos de su mano derecha, dibujando runas en el telespacio—. Muy bien, si está en alguna parte de este montón de basura, la encontraré. Si no, declararemos una búsqueda general dentro de unos diez minutos. Ahora, si me disculpa...

—Claro. —Morris Strowger se apartó de la mesa del alguacil—. Probablemente se le haya caído la placa en el baño —murmuró para sí.

Tras él, la siguiente persona de la cola, una mujer de edad avanzada, estaba quejándose ante el alguacil del tamaño de su cubículo. Se negaba a creer que su apartamento —una celda del tamaño de un humano en un panal de vainas de escape para cinco mil personas en total, alojado en las tripas del carguero de Nueva Dresde *Larga Marcha*— era lo único de que dispondría hasta llegar al más cercano de los sistemas de Septagón. La reubicación era gratuita, por cortesía del (nuevo) gobierno de Nueva Dresde y de lo que quedaba de los activos comerciales de la República de Moscú, pero las vainas no eran precisamente como la *suite* presidencial de una nave de pasajeros de lujo. *Espero que Vicky se harte pronto de esconderse. Puede que sea bueno que la encuentren los alguaciles y la metan un poco en cintura. Eso le enseñara a no andar causando líos en mitad de una emergencia...*

## IMPACTO: T más 1390 días

Coge una chica así. Compleción pálida, melena recortada y negra, ojos azules y pálidos: ¿Huérfana o diablilla? Un poco solitaria. De una inteligencia sobrenatural para su edad: sus padres habían planificado su concepción, utilizando una razonable dosis de predicción genética para evitar los problemas más habituales. Habían pagado los implantes más caros que se podían comprar, importados de Septagón. A sus casi diecisiete años era una chica taciturna. Estaba atravesando por una de esas fases. Se negaba a llevar nada que no fuera negro y dedicaba su tiempo libre a husmear por los rincones y los pasillos de servicio, y a cultivar en su cuarto un jardín de nervios con dieciocho millones de sinapsis (sus padres no se atrevían ni a pensar lo que podían estar enseñándole a soñar). Cultivaba plantas: dulcamara venenosa, valeriana, acónito, cicuta... (¿Qué iban a hacer con ella cuando termi-

nara de crecer? Nadie lo sabía. Quién sabe). Le gustaba escuchar música depresiva en su cuarto, con la puerta cerrada. Sus padres, preocupados, la animaban a realizar las típicas actividades saludables al aire libre —clases de escalada, vela solar, karate— pero nada de todo esto conseguía llamar su atención. Desde el punto de vista legal, se llamaba Victoria, pero todos sus amigos la llamaban Miércoles. Ella lo detestaba, pero no tanto como su nombre de verdad.

Miércoles era una inadaptada. Al igual que todos los inadaptados desde tiempos inmemoriales, tenía un amigo invisible de toda la vida. Jugaban juntos, recorriendo el orbital de arriba abajo, cogiendo los ascensores, explorando los conductos de ventilación... con una máscara de oxígeno, claro. Nadie puede saber lo que hay al otro lado de un mamparo sellado. Pero la mayoría de los niños no tenían amigos invisibles que les hablaran por los carísimos implantes de red por los que sus padres se habían empeñado, y mucho menos que les enseñaran a practicar la esteganografía o el análisis de tráfico, a seguir a la gente sin ser vista y a encontrar cosas en los contenedores de basura. Por otro lado, la mayoría de los niños, al crecer, prescindían de sus amigos invisibles. Miércoles no. Esto se debía a que los amigos invisibles de la mayoría de los inadaptados no eran reales. El de Miércoles sí.

Cuando era más joven le había hablado a su hermano Jeremy sobre su amigo Herman, y el resultado había sido una tensa inquisición y varias visitas a los ingenieros de la red, además de al consejero psicológico. Cuando comprendió lo que todos esperaban de ella, negó que fuera real, claro está, pero no lo hizo de la noche a la mañana; Herman le explicó cómo hacerlo para acallar sus sospechas. «Con la esquizofrenia nunca estás solo», bromeó con mordacidad, cosa que a ella le molestó, porque sabía que la esquizofrenia no tenía nada que ver con tener múltiples personalidades y sí, en cambio, con oír voces en tu cabeza. Sin embargo, se dedicó a sintetizar cloroprozamina y flupentixol en la farmacia de la cocina y luego pasó unos días arrastrándose por ahí, sumida en una especie de neblina, mientras Herman le explicaba que había estado a punto de envenenarse: El parkinson era uno de los efectos secundarios conocidos de los neurolépticos. Hasta entonces, ella nunca había oído esta palabra.

Todo el mundo sabía desde hacía meses que el día de la evacuación se aproximaba. Sabían hasta el día en que iba a ser, la hora incluso, desde un par de semanas después del incidente. Las naves empezaron a llegar dos semanas antes de la hora cero. Normalmente, Vieja Terri solo recibía una nave de pasajeros al mes, que pasaba por las aduanas para transferir su carga de viajeros y mercancías a los cargueros menores que se encargaban de recorrer el último pársec. Pero ahora todos los compartimentos de embarque estaban extendidos, con los atracaderos presurizados, como grandes mixinos grises, adheridos a las tripas de la estación.

Los cargueros que quedaban en el sistema, equipados con tanques de carga adicionales, habían estado llegando durante las dos últimas semanas. La población entera de la estación, treinta mil almas que flotaban sobre la eclíptica de un

sombrío gigante de gas ocho veces más grande que Júpiter, se encontraban allí. Tenían combustible suficiente. A fin de cuentas eso era lo que vendía Vieja Terranova Cuatro: seiscientos megatones de hielo de metano refinado, almacenado en un conglomerado de tanques que se extendía varios kilómetros a partir del eje de la gran rueda. Y estaban lo bastante cerca de una de las rutas comerciales que unían al sistema Septagón con los mundos internos, lo bastante cerca, de hecho, como para actuar como intercambiadores para el tráfico dirigido a Moscú. Era una explotación rentable y autosuficiente, y lo había sido desde antes del desastre. Pero no podían quedarse allí con la inminente llegada del amanecer de hierro.

La nave de pasajeros *Sueño de Sikorsky* levantó las compuertas de entrada, situadas en el morro, y los personajes importantes subieron a bordo acompañando al gobernador y su personal. Tras ella flotaban dos cargueros de Nueva Dresde, enviados en otro simbólico gesto de reconciliación. Parecían ranas enormes cargadas con sus crías, con aquellas voluminosas vainas de refugiados, suspendidas como ampollas de sus columnas de carga (donde se alojarían las decenas de miles de pasajeros durante las tres semanas que tardarían en recorrer los cuarenta años luz que los separaban de Septagón).

Incluso este planeta, Septagón, estaba peligrosamente cerca de la onda de choque, pero era lo único que podían permitirse. Había dinero suficiente para realojarlos y reacondicionarlos a todos, y el sistema tenía una política de gobierno que alentaba activamente la inmigración. Sería la ocasión perfecta para partir de cero, para mirar al futuro y apartar la vista de la nube de pesar que había flotado sobre la estación desde que llegaran las noticias sobre el incidente, tres años y medio antes. En aquel entonces se habían producido numerosos suicidios, y había estado a punto de producirse una revuelta en más de una ocasión. En la estación había más de un millar de fantasmas por cada persona viva. No era un buen lugar para criar a los hijos.

Papá, mamá y Jeremy, con la mirada vidriosa y expresión de falso optimismo, arrastrando a Miércoles consigo, habían embarcado en la *Larga Marcha* dos días antes. Había agujeros en la fachada, figuras vacías en la foto de familia. La prima Jane, el tío Mark, el abuelo y la abuela no estaban allí. Al menos en carne y hueso. Ahora eran polvo, por obra y gracia de los vientos divinos que alcanzarían la estación en un plazo de cuatro días.

Un cariacontecido sobrecargo había acompañado a Miércoles y su familia hasta la cubierta, pasillo, segmento y celda que les correspondía. Se les había asignado un espacio familiar: cuatro vainas de descanso y un salón de dos por tres con mobiliario hinchable. Sería su hogar durante el viaje. Para comer, debían ir a la cantina de la cubierta Rosa; para bañarse, a la unidad de higiene comunitaria de la Tulipán; y podían darse con un canto en los dientes por seguir vivos, no como Mica y su marido, amigos y vecinos, que estaban en casa, pasando el primer mes de permiso que les concedían en cinco años, cuando se produjo el incidente.

Pasadas unas pocas horas, Miércoles estaba aburrida hasta niveles inconcebibles. Sus plantas estaban muertas, su jardín neuronal se había desactivado para

hibernar y les habían ordenado que permanecieran en su camarote hasta después de la partida, con la estúpida red de ocio y el lobotomizado archivo audiovisual de la nave por toda compañía. Algún genio de Nueva Dresde —una sociedad más reglamentada que la de Moscú— había decidido que los interactivos y los libros de terror no eran apropiados para niños y había protegido la sección correspondiente de la base de datos con un sistema de control paterno. Sus amigos —las pocas personas a las que consideraba como tales— se encontraban principalmente en las demás naves. Incluso Herman le había dicho que no podrían hablar una vez que la nave diera el primer salto. Habría sido más divertido si hubiesen contado con tanques de sueño frío, pero era imposible que las instalaciones de la estación pudiesen procesar a más de doscientas personas a la vez, así que Miércoles estaba condenada a languidecer de aburrimiento durante la semana siguiente.

Su único consuelo era que tenía un mundo nuevo y entero para explorar: una nave espacial. No había estado en una desde los ocho años, y la tentación de poner en práctica lo que había aprendido era irresistible. Además, Herman le había dicho que tenía los mapas de aquel modelo en concreto y podía enseñárselos. Era un carguero pesado y anticuado (modelo Excavadora), fabricado en los talleres de Borgoña, con una superestructura de soporte vital construida por Thurn und Taxis, de Nueva Dresde. Era una nave de mala muerte, con motores de fusión y ruedas de giro contrarrotatorias, sin nada sofisticado como una unidad de transferencia de inercia o un generador de gravedad. El módulo de salto era una unidad sellada, adquirida en algún lugar donde existía la tecnología necesaria para fabricar este tipo de cosas. Ni Nueva Dresde ni Moscú poseían la infraestructura que hacía falta para manipular singularidades. Pero Herman le había dado los planos y Miércoles estaba aburrida, así que estaba claro que era hora de salir a explorar un poco. Cuando se lo dijo, él le ofreció algunas sugerencias interesantes sobre los sitios que podía visitar.

Miércoles detestaba las habitaciones cerradas. Su tutor de segundo lo había resumido así: «Es como un gato. Para ella, una puerta cerrada es un insulto». Se llevó consigo la ganzúa automática y la tablilla, claro está, pero no por malicia ni para robar, sino simplemente porque no podía soportar la idea de no saber lo que había al otro lado de las puertas. (La nave tenía un casco doble, cuyas únicas aberturas eran las compuertas de las cámaras de descompresión. Salvo que fuese tan estúpida como para forzar una puerta con luces de advertencia parpadeantes, juntas pesadas y cierres mecánicos internos, no correría ningún riesgo. O al menos eso pensaba ella...).

No es que los pasajeros tuvieran prohibido recorrer la nave, pero Miércoles tenía la sensación de que si alguien la veía trataría de conseguir que volviera a su cuarto. Así que se dirigió a hurtadillas hasta el eje central, entró en él, y volvió a salir a la zona de la tripulación por otro camino: sobre el techo de un ascensor, con las ventosas adheridas al metal mientras este ascendía por el túnel, decelerando y perdiendo visión angular. Así escondida, subió y bajó dos veces, buscando

conductos de ventilación con la ayuda de una linterna, antes de decidirse a moverse. Recorrió túneles de servicio a oscuras, bajó por otro ascensor, hizo un viajecito de subida en un ascensor de pasajeros y finalmente salió a uno de los bronquios de ventilación principales. Los topes de mantenimiento del sistema de aire no la molestaron porque estaba viva y en movimiento, lo que fue una suerte. Al cabo de una hora de andar correteando por los conductos estaba cansada y un poco desorientada... y justo entonces llegó a la unidad de filtrado de la que le había hablado Herman.

Descansaba sobre el suelo de un conducto estrecho, rodeado por un zumbido sordo y con las bombas laminares en penumbra. En los bordes brillaba la tenue luz azulada de unas lámparas ultravioleta. Fascinada, se inclinó para examinarlo. *¿Esterilizadores en una nave espacial?* Por regla general, solo los había en los sistemas de soporte vital, pero aquello era la cubierta de alojamiento, de modo que, *¿qué estaban haciendo allí?* Una rápida inspección de la montura reveló una segunda anomalía: un fino cable que se perdía por un agujero del suelo del conducto. Obviamente se trataba de una alarma. No uno de esos sensores infrarrojos poco fiables que podían hacer saltar a un cerdo de mantenimiento al pasar, ni un nervioso sensor de jardín capaz de activarse por el movimiento de las sombras, sino un sólido y clásico sistema antirrobo. Lo atacó con su herramienta polivalente y el compacto equipo de mantenimiento que había comprado pocos meses atrás. Los cables no eran difíciles...

Un minuto después había desatornillado y abierto el sistema. Sin perder un instante, introdujo una cámara en miniatura. El dispositivo, camuflado como una araña de juguete, se adentró dando rápidas vueltas, y descubrió una habitación estrecha, una puerta cerrada por dentro y varias estanterías con cajas, atornilladas a las cuatro paredes. *¿La taquilla del sobrecargo o del capitán?* Miércoles no podía saberlo, pero evidentemente era allí donde se guardaba el cargamento de valor, todo aquello que, sin ser de un tamaño excesivo, debía estar guardado bajo llave y permanecer disponible para su inspección durante el viaje. Documentos de traspaso. Acciones. Documentos, órdenes, muestras de ADN, claves, e incluso alguna insólita muestra del *software* del propietario.

«¿Por qué no bajas a echar un vistazo?», le tentó una voz conocida. Un plano enviado por Herman apareció detrás de sus párpados. «Mira, según el plano original, este cuarto debería de formar parte del camarote del capitán».

—¿Crees que encontraré algún tesoro dentro? —preguntó Miércoles mientras buscaba algún sitio donde enganchar su cuerda. La tentación de la fruta prohibida siempre le había resultado irresistible.

Puertas cerradas. Una adolescente que pasa por una de esas fases. Modificaciones en un sistema de soporte vital estándar. Paren todos los relojes: ha muerto una estrella. Arañas de juguete de plástico azul. Órdenes confidenciales manuscritas sobre un pedazo de simple papel. Amigos invisibles. Placas de identidad que caen por los huecos de los ascensores. El mundo contiene el aliento. Y...

El amanecer de hierro

## IMPACTO: T cero

Un poco más allá del cono de luz en expansión del presente, murió una estrella, detonada.

Algo, una fuerza exótica de origen antinatural, hizo un nudo en el espacio alrededor del corazón de un horno estelar. Un enorme lazo de supercuerdas se retorció, se expandió y se contrajo hasta que el núcleo de la estrella quedó flotando en un universo de bolsillo en el que la dimensión del tiempo fue obligada a plegarse a lo largo de toda la longitud de Planck y fue reemplazada por otra dimensión, una de las cerradas, las que están plegadas sobre sí mismas a pesar de su existencia, implícita en el modelo físico estándar. En el interior del universo de bolsillo transcurrió un enorme lapso de tiempo, mientras en el exterior se desgranaban simplemente unos pocos segundos.

Desde la perspectiva del cono de luz, el resto del universo pareció alejarse hasta el infinito y perderse más allá de un horizonte de sucesos, donde estaba destinado a permanecer hasta el colapso de la zona de expansión. La ardiente esfera de gas iluminó su propio cosmos y luego empezó a apagarse lentamente. Pasó el tiempo, incontables cantidades de tiempo plegado sobre sí mismo, pero un mero abrir y cerrar de ojos desde la perspectiva del universo exterior. El núcleo de la estrella se enfrió y se contrajo, y fue apagándose. Finalmente, acabó convertido en una enana negra, que continuó su proceso de enfriamiento hacia el cero absoluto. La fusión no cesó, pero empezó a sucederse a velocidades increíblemente bajas, intermediada por un tunelado cuántico en condiciones de frío extremo. A lo largo de un lapso de tiempo miles de millones de veces superior al transcurrido desde el *big bang* del universo exterior, los núcleos ligeros se fundieron y escaparon del confinamiento cuántico de alta energía de sus orbitales electrónicos. Los elementos más pesados se desintegraron lentamente, se fisieron y luego experimentaron un proceso de desintegración que los transformó en hierro. Se produjo una migración de masas que no cesó hasta que, finalizado el proceso, un millón de trillones de años más tarde, la estrella había quedado reducida a un único cristal de hierro, una esfera de varios miles de kilómetros de diámetro que giraba lentamente en un gélido vacío cuya temperatura excedía el cero absoluto solo en una trillonésima de grado.

Entonces la fuerza externa que había creado el universo de bolsillo sufrió un proceso de reversión. Menos de treinta segundos después de que la bomba

hubiese detonado, el universo se cerró sobre sí mismo y catapultó el denso cristal esférico contra el corazón de la estrella. Y se abrieron las puertas del Infierno.

El hierro no se funde con facilidad: el proceso es endotérmico, es decir, absorbe energía. Cuando las entrañas de la estrella fueron engullidas y reemplazadas por una diminuta bala de cañón de materia gélida y sometida a un proceso de degeneración electrónica, las capas externas de la estrella, contenidas hasta entonces por la presión de la radiación, empezaron a colapsarse hacia dentro atravesando un abismo de aproximadamente un cuarto de millón de kilómetros de vacío helado. La velocidad de desmoronamiento de la capa exterior, atrapada por el pozo de gravedad de la estrella, fue aumentando. Pasaron los minutos, y desde el exterior, la fotosfera de la estrella pareció contraerse ligeramente mientras unos vórtices de gases candentes de enormes dimensiones se retorcían y convulsionaban sobre ella. Entonces, el mazazo del frente de la implosión llegó al núcleo...

Los habitantes del planeta que había sido elegido como objetivo para aquel crimen apenas recibieron ninguna advertencia. Durante unos minutos, los satélites que vigilaban las estrellas avisaron que estaban produciéndose llamaradas solares, irregularidades que generarían efectos atmosféricos, auroras y tormentas, y enviaron las correspondientes alarmas a los trabajadores de los orbitales y los mineros del cinturón de asteroides. Uno o dos de los satélites poseían canales causales, comunicadores instantáneos de limitado ancho de banda, imposibles de intervenir, aunque también caros y extremadamente sensibles. Pero por muchas alarmas que enviaran, nadie podría escapar: uno a uno, los satélites dejaron de funcionar al ser alcanzados por la onda expansiva que avanzaba desde la estrella a la velocidad de la luz. En un instituto de investigación, una meteoróloga observó su estación de trabajo con el ceño fruncido y trató de elaborar un diagnóstico. Fue la única persona de todo el planeta que tuvo tiempo de darse cuenta de que estaba pasando algo raro. Pero los satélites cuyos datos estaba recibiendo orbitaban solo tres minutos más cerca de la estrella que el planeta en el que vivía la meteoróloga, y ella ya había perdido dos minutos charlando con un colega sobre el precio de una casa que nunca llegaría a comprar, junto a una bahía de ensueño.

El mazazo era una onda de choque esférica constituida por plasma de hidrógeno, a un millón de grados de temperatura y tan comprimida que sus propiedades eran análogas a las del metal. Cien veces más pesada que el gigante gaseoso más grande del sistema solar, cuando alcanzó la esfera de hierro cristalizado del corazón de la estrella asesinada, viajaba a casi un dos por ciento de la velocidad de la luz. En la detonación, la décima parte de la energía potencial gravitatoria de la estrella se transformó en radiación en apenas unos segundos. La fusión se reinició y se produjeron reacciones anormales, al tiempo que el hierro empezaba a absorber núcleos y a construir intermediarios más pesados, más calientes y menos estables. En menos de diez segundos, la

estrella consumió un porcentaje visible de su combustible, el suficiente para mantener encendidos todos los motores del planeta durante mil millones de años. La estrella, una enana de tipo G, no poseía la masa suficiente para superar la presión de degeneración de los electrones en su núcleo y transformarse en una estrella de neutrones, pero a pesar de ello, una onda expansiva de considerable potencia, casi la centésima parte de una supernova, salió despedida desde su centro.

Una enorme erupción de neutrinos brotó en todas direcciones, llevando consigo gran parte de la energía de la fusión del núcleo. Normalmente, las partículas neutrales no reaccionan con la materia. Un neutrino medio puede atravesar un año luz de plomo como si nada. Pero en este caso eran tantos que, al atravesar las capas exteriores de la estrella, depositaron buena parte de la energía acumulada en la flamígera burbuja de niebla plasmática a que había quedado reducida la fotosfera. A poca distancia, un maremoto de radiación gamma dura y neutrones mil millones de veces más brillantes que la estrella desgarró las capas exteriores y las aniquiló. La agonizante estrella despidió un brillante pulso de rayos x con la potencia de mil billones de bombas de hidrógeno, y la onda de neutrinos empezó a expandirse a la velocidad de la luz.

Ocho minutos más tarde, la meteoróloga —aproximadamente un minuto después de percatarse del problema de las manchas solares— frunció el ceño. Un hormigueo caluroso parecía recorrer su piel; inexplicablemente, unos puntitos de color púrpura avanzaban por su campo de visión. El monitor que tenía delante parpadeó y se apagó. La mujer captó un fuerte olor a ozono. Miró a su alrededor moviendo la cabeza para sacudirse de encima aquella neblina inesperada y vio que su compañero la miraba, pestañeaba y decía:

—Oye, me siento como si alguien acabara de caminar sobre mi tumba.

Las luces parpadearon y se apagaron, pero a pesar de ello la meteoróloga no tuvo la menor dificultad para seguir viendo, porque el aire, dotado de vida, despedía una extraña radiación, y la pequeña claraboya proyectaba sombras de aguzados contornos sobre el suelo. Entonces la sección del suelo que la luz iluminaba directamente empezó a echar humo y la meteoróloga, confusa, comprendió que al final no iba a comprarse la casa, que no iba a hablar con su novio sobre ello, que no iba a volver a verlo, como tampoco a sus padres, ni a su hermana, ni nada más, aparte de aquel recuadro de luz ardiente que crecía lentamente a medida que el marco de la ventana iba consumiéndose.

Recibió una pequeña gracia: pocos segundos después, la atmósfera alta —convertida en un yunque de plasma por la radiación— cayó sobre la tropopausa. Medio minuto después, la primera onda expansiva laminó el edificio. La meteoróloga no murió sola. A pesar de la dosis letal de radiación recibida por todo el mundo al paso del pulso de neutrinos, nadie sobrevivió el tiempo suficiente para empezar a sentir los efectos.

## IMPACTO: T más 1932 días, 12 horas, 16 minutos

Miércoles, con el corazón desbocado por el terror y un cilindro chato en la mano, se escondió debajo de la mesa. Había visto el cuerpo del agente de aduanas en el interior de la cocina. Sabía que estaba muerto, tal como decían las instrucciones manuscritas que había encontrado en el maletín diplomático. La criatura que lo había matado estaba acercándose a ella, y no quería...

Unas zarpas arañaron el suelo de policelulosa. *No quiero estar aquí*, pensó Miércoles mientras el cilindro resbalaba entre sus dedos por el sudor. *¡Esto no me está pasando a mí!* En su imaginación, podía ver al cancerbero al otro lado: unas fauces como sierras de diamante, ojos grandes que despedían la luz de su sistema de lidar de fase. Pudo ver la pequeña y cruel arma de fuego implantada en su cráneo vacío, y el cerebro, gobernado por un par de computadores programados para acallar sus instintos de doberman. Calvas del tamaño de manos, piel soriásica cultivada sobre una armadura de fibra de diamante... Podía oler su miedo. Ella había leído los documentos de la sala de seguridad, había comprendido su importancia, había abierto la puerta para salir... y a duras penas había logrado cerrarla antes de que la alcanzara aquella criatura de un salto. Un denso humo había empezado a brotar de los goznes mientras ella subía de nuevo al conducto y, como una araña vestida de negro, escapaba por el eje de servicio, el túnel de carga presurizado y las sombras del muelle casi vacío, jadeando y llorando. Sin dejar de oír un solo instante el roce de las zarpas de diamante sobre el suelo, tras ella. *No existo. ¡No puedes olerme!*

Herman —como siempre cuando más lo necesitaba— no respondía.

El perro podía olerla... u oler a alguien. Se había escondido en una sección pública y había visto cómo el animal, u otro muy parecido, atravesaba el compartimento de carga como la sombra espectral y alargada de un lobo, de una criatura nacida en bosques helados bajo un sol de medianoche y modificada para cazar por la tundra infestada de ciborgs de un mundo alienígena. Había mirado la cámara oculta con ojos brillantes, un brillo que se transformó en estática al apuntar y disparar. Podía estornudar gas nervioso y excretar minas, si lo que contaban las arcoaventuras baratas de su hermano Jerm era cierto. Producto de una tecnología más sofisticada que la de Moscú, sus músculos no funcionaban con algo tan primitivo como las contracciones de actina y miosina, y sus huesos estaban equipados con sistemas cibernéticos que aumentaban su fuerza: un cancerbero que corría a toda velocidad siseaba como una locomotora primitiva y disipaba suficiente vapor caliente como para escaldar a cualquiera que se acercase demasiado.

Levantó la granada antidisturbios, tensó los dedos sobre el gatillo y apuntó a la puerta. Las sombras de unas patas, demasiadas, se detuvieron y se balancearon

en la pared, buscando. Miércoles apretó el gatillo y sintió el retroceso en las manos al tiempo que una fuerza estremecedora la zarandeaba y el aire que tenía delante se volvía negro. *No, azul; como la lengua del muerto, allí tendido.* El documento decía que todas las copias del cartucho de datos que contuviesen los registros de tráfico de aduanas (menos una) debían ser destruidas y que todo aquel que estuviera al corriente debía morir. Una fina espuma de aerogel empezó a dilatarse y se transformó en una masa esférica cada vez más grande mientras el perro saltaba hacia ella lanzando dentelladas y emitiendo un gruñido sordo desde el fondo de su garganta. Cayó a los pies de Miércoles, atrapado en un capullo de pompas de jabón y sus gruñidos se transformaron en un ensordecedor aullido de frustración.

Miércoles retrocedió temblando y derribó la pesada mesa al levantarse. Miró frenéticamente a su alrededor. Las patas delanteras del perro arañaban el suelo, tratando de alcanzarla. Vio un fulgor de rabia en sus ojos mientras luchaba contra la pegajosa espuma antipersona.

—Buen perrito —dijo sin pensarlo mientras se apartaba, y por un instante se preguntó si debía golpearlo. Pero no, cuando los cancerberos creían que les habías ganado se autodestruían con una explosión, ¿no? Al menos eso era lo que se decía siempre en las arcoaventuras...

Algo frío y húmedo le tocó la nuca, y Miércoles se desmoronó. Le fallaron las piernas, y las rodillas y el estómago se le convirtieron en bolsas de agua helada. Unas zarpas duras como huesos la asieron por el hombro y la levantaron en vilo. El monitor de sus ojos parpadeó un instante, y luego se apagó al encenderse las luces. El cancerbero del suelo pareció sonreírle... No, no a ella, sino a algo que había detrás de ella. La criatura habló con una voz sorprendentemente humana, un gruñido profundo y grave procedente de todas direcciones:

—Victoria Strowger, esta es la manada policial de emergencia cuatro alfa. Por orden del capitán Manneheim, superintendente para el proceso de evacuación de Vieja Terranova, está usted bajo arresto. Volverá con nosotros a la zona de embarque del centro principal, donde esperará a subir a bordo. Debo advertirle que cualquier conato de resistencia será respondido con armas no letales. Salir corriendo en este hábitat ha sido una completa pérdida de tiempo policial. —Dos de las voces quedaron en silencio, pero la tercera continuó—: Y ya que estamos hablando sobre ello, ¿por qué estaba corriendo?

## IMPACTO: T más 1392 días, 12 horas, 38 minutos

Veintidós minutos después de la hora prevista para la salida, los perros habían encontrado a las últimas ovejas descarriadas y las habían encerrado en el cuarto de servicio. El capitán Manneheim tenía otras cosas de que preocuparse en aquel

instante, como clausurar el tanque número cuatro y asegurarse de que Misha descargase el exceso de presión de merma y mantuviese la temperatura del fluido dentro de unos límites razonables. Luego tenía que ejecutar el plan de lanzamiento y salir como alma que lleva el diablo de aquel sistema condenado antes de que les alcanzara el frente de la tormenta, hecho lo cual, podría encargarse de los perros guardianes (y averiguar por qué habían dejado que una joven macarra se colara en la zona restringida). Y entonces...

¡Veintidós minutos! ¡Un retraso de más de mil segundos! Tenían margen de maniobra —nadie estaría tan loco como para planificar una operación así sin él—, pero con un total de cinco mil pasajeros, veintidós minutos significaban que los productos de consumo de tres personas para tres meses habían desaparecido, así, en un abrir y cerrar de ojos. Las vainas de los refugiados tenían un sistema de soporte vital abierto, pues en aquel viaje no había sitio para tanques de reciclaje, así que la evacuación costaba millones, decenas de millones. Una estúpida cría acababa de costarle a los burgueses de Nueva Dresde unos... dos mil marcos, y al capitán Manneheim unas dos mil canas más.

—¿Qué aspecto tiene nuestro perfil crítico? —preguntó mientras se inclinaba para estudiar con expresión de furia la estación de trabajo de Gertrude.

—Ah... todo dentro de lo normal, señor. —Gertrude mantuvo la vista clavada en la pantalla para no tener que mirarlo a los ojos.

—Que siga así —repuso el capitán—. ¡Misha! ¿Y ese tanque?

—Descargado y cerrado en los límites de tolerancia. —Misha esbozó una sonrisa jovial desde el otro lado del puente—. El proceso de carga tiene un aspecto excelente. Ah, y por una vez, las tuberías del número dos no están trepidando.

—Bien. —Manneheim sorbió por la nariz. El sistema de tuberías del flujo de masas del motor de reacción número dos sufría de turbulencias ocasionales, en especial cuando el fluido de hidrógeno que lo alimentaba superaba los dieciséis grados Kelvin. Las turbulencias no eran especialmente graves, salvo que se produjese una cavitación en toda regla, cuando en el interior de los conductos que llevaban la masa reactiva a los cohetes de fusión se formaban grandes burbujas. Pero eso era potencialmente catastrófico, y ya no tenían margen para reparaciones. No era la primera vez que los pensamientos de Manneheim se dirigían con envidia a la hermosa nave de pasajeros de tecnología punta, procedente de Novya Romanov, que se había esfumado seis horas antes en una onda invisible de curvatura espaciotemporal y había emprendido su viaje a lomos de una singularidad. La *Sueño de Sikorsky* no tenía que preocuparse del rendimiento de motores de fusión anticuados ni de su masa reactiva. Pero la *Larga Marcha* era la nave más sofisticada que podía permitirse el sindicato mercantil de Nueva Dresde y él se aseguraría de que todo marchase tan bien como fuera humanamente posible.

—Nave. ¿Cuál es nuestra secuencia de estatus de entrada?

La voz del piloto automático, cibernéticamente suave, recorrió el puente:

—Subida a bordo de la unidad Kerberos del último pasajero, notificada hace cinco minutos, y contando. Elementos críticos en posición. Estatus de entrada verde, sin excepciones conocidas...

—Entonces da comienzo de inmediato a la secuencia de lanzamiento.

—Sí. Secuencia de lanzamiento iniciada. Procediendo a desconexión de los sistemas energéticos y las instalaciones de la estación. Procediendo a desconexión de los sistemas de transferencia de masa de la estación. Procediendo a desconexión del muelle de atraque. Vórtice del motor principal activado, estación uno. Vórtice del sistema de cargamento viviente activado, estación dos.

—Detesto el cargamento viviente —murmuró Gertrude—. Notificación de la activación del sistema del cargamento vivo saliendo. —Sus dedos pulsaron botones invisibles en el aire, delante de su cara—. Cierres del ascensor del centro, seguros...

Manneheim contempló fijamente la compleja red de dependencias que flotaban frente a la pared en blanco del puente, a un metro escaso de su nariz. Poco a poco, a medida que la enorme astronave se preparaba para separarse de la estación, los nodos rojos fueron volviéndose verdes. Teóricamente era la última vez que una nave partía de aquel puerto. De vez en cuando, el capitán pulsaba un glifo de la estación y le hablaba en voz baja a quienquiera que estuviese al otro lado: prácticos de carga, oficiales de cargamento e inmigración, agentes de policía, Jack en la sección de control de daños del motor y Rudi, en el nido de los cuervos. Incluso habló una vez con control de tráfico. Los supervisores cibernéticos de la estación seguían trabajando laboriosa e imperturbablemente, sin saber que el fin de su existencia útil estaba a la vista, dirigiéndose hacia ellos en forma de onda expansiva de plasma impulsado por radiación. Pasó una hora. Alguien invisible dejó una taza de café en su mano derecha y él tomó un sorbo, continuó hablando, mirando y lanzando en ocasiones alguna que otra imprecación en voz queda. Luego, cuando volvió a beber, el café ya estaba frío.

Finalmente, la nave estuvo preparada para partir.

## IMPACTO: T más 8 minutos - T más 1,5 horas

El sistema Moscú murió a la velocidad de la luz, recorrido por un tsunami de radiación que sembraba muerte a su paso.

Los primeros en caer fueron los satélites climatológicos, los más cercanos a la estrella, que se encargaban de registrar las manchas y protuberancias solares. Las boyas construidas para controlar las brisas fueron alcanzadas por el tornado desatado por aquella nova artificial y, literalmente evaporadas, sumaron sus núcleos desnudados a la furia hirviente del amanecer de hierro.

Segundos después, el pulso de radiación fundió los frágiles colectores solares que flotaban en una elegante órbita a media unidad astronómica del planeta y suministraban energía a generadores de antimateria de cien kilómetros de diámetro. Las factorías robóticas, carentes por completo de personal humano, desaparecieron sin que nadie se enterara ni lo lamentara. El pulso gamma del antihidrógeno que almacenaban añadió la luz de una vela al huracán.

Ocho minutos después de la detonación, el frente de radiación alcanzó al hábitat humano más interno del sistema: el planeta llamado Moscú. El flujo de neutrinos era lo bastante intenso como para administrar una dosis de radiación letal aun después de haber atravesado el planeta. Una luz fluorescente iluminó su cara nocturna, y la atmósfera resplandeció ligeramente frente a un fondo de insoportable brillo. El pulso gamma, a poca distancia, convirtió en plasma la atmósfera de la cara iluminada del planeta y la lanzó con la fuerza de un ariete contra la roca, que ya había empezado a fundirse. Un frente de tornados supersónicos recorrió la frontera situada entre la cara diurna y la nocturna, y arrasó la superficie hasta el lecho mismo de piedra.

Media hora después de la aparición de la nova, el proceso de desintegración planetario estaba ya muy avanzado. En la cara diurna, la presión atmosférica de Moscú descendió de manera drástica y la atmósfera quedó conformada principalmente por radicales de hidrógeno y oxígeno arrancados a la hirviente neblina que había sido el océano boreal. En la parte superior de las nubes, la temperatura se contaba ya por millares de grados, mientras que en la cara nocturna, la elevada troposfera se veía recorrida por corrientes que se desplazaban a la velocidad del sonido. Las casas eran arrasadas como si estuvieran hechas de palillos, y se convertían en leña para las piras de sus ocupantes. La oscuridad de la noche retrocedió frente a un fulgor fantasmal, el lúgubre resplandor de una estrella aniquilada, reflejado en el rastro de aire dejado por el propio planeta. A un observador situado a ras de suelo le habría parecido que Moscú Principal, una llamarada de magnesio cuya energía radiante era lo bastante brillante como para fundir globos oculares a trillones de kilómetros de allí, cubría la mitad del cielo. Para entonces, la onda expansiva principal, una oleada de plasma a millones de grados de temperatura, poco más densa que la atmósfera evaporada y lanzada a una velocidad próxima al veinte por ciento de la de la luz, estaba acercándose. Cuando llegó, Moscú se esfumó, engullido como un melón en el epicentro de una explosión atómica.

Sesenta minutos: el pulso de radiación atravesó como un fantasma los anillos de Siberia, un enorme gigante gaseoso de color verde, rodeado por una constelación de satélites como un collar de radiantes perlas. Se iluminaron un instante y vomitaron chorros de gas ardiente, mientras los anillos se teñían de color violeta y formaban un enorme disco de luz brillante que salía despedido desde la estrella y consumía la masa de un pequeño satélite en cuestión de segundos.

Varios huracanes del tamaño de Moscú se desplazaron a toda velocidad hacia la cara oculta del gigante mientras también este desplegaba una brillante cola de gases parecida a la de un cometa. A diferencia de los cuerpos internos, Siberia era demasiado grande como para evaporarse por completo. Aunque llegó al rojo blanco, su superficie exterior se fundió y su trayectoria orbital se vio distorsionada por la tremenda onda expansiva de la explosión estelar, el núcleo interno de níquel y hierro sobrevivió, como una lápida que tardaría millones de años en enfriarse en la vaciedad crepuscular del sistema Moscú.

El primer superviviente recibió la onda expansiva a una distancia de noventa y ocho minutos luz.

En la órbita profunda del gigante gaseoso Zemlya, una baliza robótica despertó de repente al recibir las primeras ondas radiactivas. La baliza llevaba enormes cantidades de refrigerante en el interior de su facetado caparazón negro. Construida para resistir el ataque de la red láser de un acorazado, sobrevivió a la tormenta, a pesar de que se desvió sesenta años luz de su órbita por el impacto de las partículas supercargadas. La baliza tenía ciento dieciocho años de antigüedad y era una de las setecientas cincuenta del mismo modelo que se habían construido en su momento. Llamada Gorrión Taligent, formaba parte del sistema de detección precoz de Mando de Respuesta Estratégica del recientemente vaporizado ministerio de Asuntos Exteriores de Moscú.

La Gorrión Taligent parpadeó y estudió la situación. Las estrellas estaban ocultas por el gas ardiente y algunos de los restos pertenecían a su destruido caparazón. No importaba: tenía un trabajo que hacer. Su memoria profunda recordó el patrón de las estaciones y dirigió sus sensores hacia Moscú. En vano, trató de extender su antena de alta ganancia, pero esta había quedado reducida a una masa de metal fundido. Otros sensores trataron de localizar el flujo que hubieran dejado los misiles relativísticos con los que sin duda había sido atacada y fracasaron, sobrecargados. Un primitivo sistema experto sondeó las profundidades de su árbol de decisiones y determinó que la había atacado algo desconocido. Los qubits se convirtieron en un goteo de entropía mientras la Gorrión Taligent activaba su canal causal y lanzaba un mensaje de advertencia hacia las desinteresadas estrellas.

Alguien lo oyó.

## IMPACTO: T más 1392 días, 13 horas, 02 minutos

El dron de la policía fue descorazonadoramente seco:

—Hemos encontrado a su hija. Por favor, sírvase dirigirse a la zona de encuentro de la cubierta G-roja, sección dos, para recogerla.

Morris Strowger se incorporó y miró a su esposa. Sonrió.

—Te dije que la encontrarían.

La sonrisa no tardó en esfumarse.

Su esposa no levantó la mirada. Con los huesudos dedos entrelazados sobre las rodillas y la cabeza inclinada, Indica Strowger temblaba desde los hombros a los pies, como si se hubiese agarrado a un cable de alta tensión.

—Ve —dijo con voz dura y controlada, pero apenas audible—. Yo me quedo aquí.

—¿Estás segura de...? —El dron de la policía ya se había puesto en movimiento. El señor Strowger lanzó una mirada insegura hacia la forma encorvada de su esposa y luego siguió al insecto por los abarrotados y apestosos corredores, que ya habían empezado a transformarse en chabolas de alta tecnología patrullados por abejas con pistolas aturdidoras. Algo en el hecho de la partida, quizá la triste e innegable realidad de la desposesión, había roto la cadena de tensión que hasta entonces lo había mantenido todo cohesionado a lo largo de los sombríos años que ahora terminaban, y el sólido suelo de la depresión empezaba a ceder su sitio a las arenas movedizas de la desesperación, la histeria y la incertidumbre. Tiempos peligrosos.

Miércoles estaba esperando en el punto de encuentro, tal como había dicho la cabeza. Parecía sola y atemorizada, y Morris, que había llegado con la intención de echarle una buena reprimenda, se encontró de repente sin palabras.

—Vicky...

—¡Papá! —Enterró la barbilla, puntiaguda como la de un joven y salvaje depredador, en el hombro de su padre. Estaba temblando.

—¿Dónde has estado? ¡Tu madre está fuera de sí! —Y esto no era ni la mitad. La abrazó con firmeza, y la terrible sensación de vacía inquietud que había estado experimentando se desvaneció poco a poco. Su hija había vuelto, y aunque estaba muy enfadado con ella, también se sentía increíblemente aliviado.

—Quería estar sola —dijo ella con voz queda, amortiguada por la ropa de su padre. Este trató de retroceder un paso, pero ella no lo soltó. Una punzada de desesperación: lo hacía cuando no quería contarle algo. No se le daba bien fingir, aunque poseía un marcado sentido de la privacidad. Tras ellos, una mujer de cierta edad estaba organizando un escándalo ante el alguacil, algo relacionado con un niño desaparecido... No, su perrito. Su hijo, su Sonny. Miércoles miró a su padre.

—Necesitaba tiempo para pensar. —La mentira solidificada en un momento cristalino. Morris no tuvo estómago para echárselo en cara. Ya habría tiempo para eso, y para la reprimenda oficial: traspasar los límites prohibidos en una nave no era lo mismo que explorar los cuadrantes vacíos de una estación. No sabía la suerte que tenía de que el capitán se mostrara comprensivo... y de que las autoridades estuvieran haciéndolo también con los adultos estresados, y más aún con niños que dejaban su hogar por primera vez desde que tenían uso de razón.

—Vamos. —Se la llevó de allí acariciándole el hombro—. Vamos. Volvamos a nuestro... eh, camarote. La nave va a partir pronto. Lo retransmitirán desde el puente. ¿Quieres perdértelo?

Ella lo miró con una expresión de ignota seriedad.

—Oh, no.

## IMPACTO: T más 4 horas, 6 minutos

Doscientos cuarenta y seis minutos después del incidente, el carguero *Orgullo Taxis* salió del espacio vacío con una desviación de cuarenta y seis grados con respecto al plano de la eclíptica y a seis horas luz de su destino final. Brad Mornington, su capitán, se encontraba en la cubierta de vuelo, charlando con Mary Haight, la oficial de relativística. La *Orgullo Taxis* era una lanzadera de tres puntos, que conectaba Moscú con la estación Islandia Siete, y a esta con el enclave septagonés para el traslado de mercancías de Blaylock B. En los últimos siete años, Brad había hecho el viaje dieciocho veces, y ya era tan rutinario para él como la taza de café fuerte y azucarado que Alex le ponía junto a la mano antes de que comenzase la cuenta atrás para el salto, que era cuando se había enfriado lo bastante como para tomárselo.

Brad apagó el habitual chirrido del sistema de navegación y esperó a recibir un plan de vuelo detallado. Mientras llegaba, se dedicó a pensar en la situación alimenticia: la cocina estaba volviéndose algo monótona y la parada le daría la ocasión de estirar las piernas y volver a caminar bajo cielo y nubes. La *Orgullo Taxis* era un carguero rápido, diseñado para transportar correo físico importante y mercancías perecederas. La singularidad que llevaba en el núcleo del motor le permitía acelerar tan deprisa como algunas naves de guerra: Seis horas luz era para ella un viaje de seis semanas, no la dolorosa odisea que tendría que soportar una nave equipada con anticuados motores de hidrógeno. Mary se concentró en un control de navegación estelar, cosa de rutina, por si los controladores de tráfico volvían a estar en huelga. Se preguntó si, mientras estaban en el planeta cargando y descargando la mercancía, tendría tiempo de pasar a ver a un viejo amigo.

Entonces se activó la alarma del puente.

—¿Qué demonios...? ¿Qué pasa? —Brad tiró el café al estirar la mano hacia la terminal de comunicaciones. Mary se incorporó bruscamente, con la cara pálida.

—No sé. No es un mensaje normal...

—Hola, aquí la nave *Eco Oro Nueve Cero* respondiendo a la señal emitida por... eh, *Delta Rayos X Zeus Siete*. Esto es un mensaje de saludo. ¿Qué es lo que...?

—Aquí pasa algo raro, jefe.

En el circuito de transmisiones parpadeaban varias luces rojas. Se produjo una demora de treinta segundos mientras esperaban a que llegara la respuesta.

—*Eco Oro Nueve Cero*, esta es una señal de emergencia de *Delta Rayos X Zeus Siete*. Código del almirantazgo azul cuatro, autenticación adjunta. Esta es una emergencia militar a escala planetaria. Moscú está en cuarentena. El sistema entero está clausurado, sin excepciones. Evacuen la zona de inmediato. Repito, salgan de aquí de inmediato. Respondan, por favor.

Brad estaba acalorado y furioso.

—¡Qué broma de mierda es esta! —Hizo un gesto despectivo dirigido al código de autenticación e introdujo en el sistema de navegación los puntos intermedios de la trayectoria hasta Moscú—. Cuando encuentre al capullo que...

—Brad. Ven aquí. —El capitán se volvió bruscamente. Mary estaba inclinada sobre el repetidor del nido de los cuervos de Wang, situado en la cubierta inferior. Estaba lívida.

—¿Qué pasa?

—Mira. —Señaló una trayectoria que acababa de aparecer. La *Orgullo Taxis* era una nave auxiliar, susceptible de ser movilizada en caso de guerra: llevaba sensores pasivos de nivel casi militar.

—Una onda gamma; la clásica curva protón antiprotón, a unas dos unidades astronómicas de aquí. Viene hacia nosotros. Tengo una señal de alarma enviada por una boya de servicio, Brad: Se encuentra en el punto originario de esa... deflagración.

—¡Mierda! —La pantalla empezó a dar vueltas frente a los ojos de Brad. De súbito recordó cuando, a los nueve años, su padre le dijo que su perro había muerto—. ¡Mierda! —Los positrones eran partículas intermedias e inestables que se creaban en algunas reacciones de materia y antimateria. Ahora estaban alejándose del marco de referencia del observador a una velocidad no muy lejana a la de la luz. Una expansión así, procedente de una estrella, solo podía significar una cosa: misiles de antimateria, bombarderos relativísticos lanzados en un ataque suicida contra el mundo natal de alguien—. ¡Los han lanzado! ¡Han lanzado la puta flota disuasoria!

Era un equipo con mucha experiencia: no tuvo que decirle a Mary lo que tenían que hacer. Ella ya estaba sacando los mapas de potencial gravitatorio que necesitaban para el salto. Brad canceló la trayectoria que había estado calculando e introdujo las coordenadas del viaje de regreso.

—Hola, *Delta Rayos X Zeus Siete*, aquí nave *Eco Oro Nueve Cero*, mensaje recibido, estamos preparándonos para regresar a Islandia Siete a la máxima brevedad. ¿Pueden aclararnos cuál es la situación? Puede que se dirijan hacia aquí otras naves y haya que avisarlas. ¿Necesitan ayuda? Cambio. —Dicho esto, llamó a Liz, que estaba atareada controlando el núcleo, y le explicó que no, no se trataba de ninguna broma, y que sí, iba a tener que sobrecargar el ciclo de mantenimiento del motor y que sí, que ya sabía que la *Orgullo* tendría que pasar un mes en los astilleros, pero por una buena razón...

—*Eco Oro Nueve Cero*, permiso para partir. Aquí *Delta Rayos X Zeus Siete*, emitiendo por canal causal desde la boya del Servicio de Navegación seis nueve tres. La situación es la siguiente: el sistema interior ha sido aniquilado por un ataque sorpresa con armas de destrucción masiva llevado a cabo hace dos siete cero minutos, tiempo absoluto. Su distancia, tres seis cero minutos luz, es el límite marginal para la supervivencia. La estrella ha desaparecido. Estamos asumiendo que las bajas en Moscú ascienden al cien por cien, repito, cien por cien. Se ha utilizado una bomba V, pero no tenemos ni idea de la identidad del responsable. Desde hace dos horas, el sistema Moscú está sometido a una estricta cuarentena. Esperen... —Por un momento, la firme voz vaciló—. Oh. ¡Oh, vaya! Qué raro. —Una pausa—. *Eco Oro Nueve Cero*, acabamos de recibir un pulso de radiación. Pero si tenemos dos kilómetros de roca encima... Ah, mierda, se ha salido de la escala. Tienen que ser neutrinos. *Eco Oro Nueve Cero*, aquí *Delta Rayos X Zeus Siete*, no creo que... No creo que puedan hacer nada por nosotros. Salgan de aquí mientras todavía hay tiempo. Y avisen a todo el mundo. Corto.

Brad se quedó mirando la pantalla de comunicaciones sin verla en realidad. Entonces dio un puñetazo sobre el glifo del canal general.

—Tripulación, les habla el capitán. —Miró de soslayo a Mary y vio que ella también lo miraba—. Se ha presentado una situación nueva. Hay un cambio de planes. —Bajó la mirada hacia el panel, e introdujo rápidamente las correcciones de trayectoria en el plan de vuelo—. No vamos a volver a casa. Nunca.

La *Orgullo Taxis* fue la primera nave que dejó el sistema Moscú después de la explosión. Otras dos naves lo consiguieron, una de ellas seriamente averiada tras haber saltado justo delante de la onda expansiva. La noticia de la explosión se propagó por todos los canales. Varios cargueros se salvaron de saltar al interior de una tumba ardiente gracias a una alerta de emergencia generalizada y perfectamente coordinada. A lo largo de las semanas siguientes, los habitantes de la estación de refinado Islandia Siete —situada apenas a ocho meses luz de Moscú— fueron evacuados al principado de Shenjen, y a medida que la onda expansiva continuaba avanzando, lo mismo les ocurrió a otros hábitats vulnerables. El sistema planetario más próximo, Septagón Central, estaba lo bastante lejos como para salvarse de la radiación escudando sus repúblicas orbitales. Pero pasarían años antes de que otra nave visitara el cadáver infectado de radiación que era el sistema Moscú.

## IMPACTO: T más 1392 días, 18 horas, 11 minutos

—¿Qué habéis averiguado? —inquirió el capitán.

Los tres sonrientes perros lo miraron desde sus respectivas posiciones, en su estrecho camarote. Uno de ellos se agachó para tratar de quitarse con la lengua

un poco de espuma azul que tenía pegada en la pata trasera izquierda. La espuma siseó y humeó en contacto con la saliva.

—No hay nada de que informar con respecto al primer incidente, el oficial de aduanas. Lamentablemente, debe dársele por desaparecido, y presumiblemente muerto, a menos que se descubra con posterioridad que embarcó en alguna de las otras naves. El segundo incidente ha sido la desaparición de una adolescente marginal. No parece que ningún sistema de seguridad se haya visto comprometido. No tengo acceso directo al cargamento de la zona de seguridad, pero me ha asegurado usted que no falta nada del compartimento secreto. El historial de la delincuente se corresponde con este suceso, así como su comportamiento posterior, y una búsqueda de documentación referente a la socialización de los jóvenes en el Nuevo Moscú de antes de la guerra indica que este tipo de fugas representan una respuesta frecuente al estrés ambiental.

—¿Y cómo consiguió meterse allí? —Manneheim se inclinó hacia adelante y clavó en el cancerbero una mirada que aunaba ansiedad y desconfianza a partes iguales—. ¿No debíais estar vigilando...?

—Según mi análisis, sus acciones son compatibles con el típico comportamiento disfuncional de una adolescente humana. Esta unidad de búsqueda y rescate no está autorizada a hacer uso de la fuerza letal para proteger el cargamento, capitán. Además, como consideración secundaria, su ausencia había sido advertida por su familia y denunciada formalmente después de que ella fuera trasferida al *ferry* de evacuación. La entrega de la delincuente a sus padres, y su subsiguiente sometimiento a vigilancia y supervisión durante el resto del viaje impedirá que el incidente se repita y no hará necesarias nuevas medidas.

El perro que había estado hablando sacudió pomposamente la cabeza. Uno de sus compañeros se acercó y le olisqueó la oreja izquierda. Manneheim los observó con cierto nerviosismo. Perros policías, unidades increíblemente caras adquiridas a alguna empresa de alta tecnología de otro sistema y programados para ser leales al régimen. Nunca los había visto antes de aquel viaje, y le había sorprendido que el Gobierno los tuviera, y más aún que considerara necesario utilizarlos en una operación tan vulgar como una evacuación. Y entonces, uno de ellos, que aseguraba pertenecer al ministerio de Asuntos Exteriores, había subido a la nave con órdenes escritas —órdenes secretas, manuscritas en papel, que solo él debía leer— y permiso para andar suelto por toda la nave. Perros ciborg, diseñados para realizar operaciones de rescate y seguridad, una jauría que escondía un miembro capaz de matar. Armas exóticas y sapientes.

—¿Habéis cumplido vuestra misión?

El perro número uno lo miró.

—¿A qué se refiere?

—¿Eh? —Manneheim se enderezó—. Mirad —empezó a decir con tono enojado—. ¡Esta es mi nave! Soy responsable de todo lo que contiene, y si necesito saber algo...

Los perros se incorporaron al unísono y el capitán se dio cuenta entonces de que estaba rodeado. Sus caras, alargadas como cañones, lo miraron, con una expresión milenaria repetida tres veces. El perro del ministerio habló, mientras los demás parecían controlados de alguna manera:

—Podríamos contárselo, capitán, pero luego tendríamos que silenciarlo. Toda especulación sobre este asunto llevada a cabo por parte alguna sin la autorización del ministerio de la Guerra se considera un acto hostil, sometido a la aplicación de la sección segunda, párrafo cuarenta y tres de la Ley para la Defensa del Reino. Le ruego que confirme que ha entendido la anterior declaración.

—La... —Manneheim tragó saliva—. La he entendido. No habrá más preguntas.

—Bien. —El perro número dos volvió a sentarse y empezó a lamerse despreocupadamente la parte interior de la pata derecha—. Las demás unidades de este grupo no están al corriente de estos asuntos. No son más que perros de la policía secreta. No debe usted molestarlos con preguntas innecesarias. Este informe ha terminado. Si no me equivoco, tiene usted una nave que manejar.

## IMPACTO: T más 1392 días, 02 horas, 01 minutos

Miércoles asistió al fin del mundo junto con sus padres y la mitad de los ocupantes de la cantina de la cubierta Rosa. Habían desinflado y pegado a la pared las mesas y los bancos mientras la nave aceleraba. Luego habían extendido una gran pantalla sobre la pared opuesta, programada para emitir desde el sistema de sensores del orbital. Miércoles hubiese preferido verlo desde su propio sistema, pero sus padres la habían arrastrado a la cantina. Parecía que, al igual que la mayoría de la gente, no querían estar a solas durante el salto. Y no porque fuesen a saber cuándo ocurriría —pese a la habitual licencia dramática, cuando una nave espacial saltaba entre dos puntos equipotentes separados por varios años luz, no se experimentaba sensación alguna—, pero había algo simbólico en aquel salto. Un hito irrepetible.

—¿Herman? —susurró.

«Aquí estoy. Aunque no por mucho tiempo. Tras el salto te quedarás sola.»

—No lo entiendo. ¿Por qué? —Jeremy estaba mirándola, así que le hizo una mueca muy fea. El muchacho retrocedió de un salto y chocó con la pared, lo que le valió una mirada admonitoria de su madre.

«En un salto, los canales causales no funcionan tras salir de su cono de luz original; son sistemas de comunicación instantáneos, pero no pueden violar la causalidad. Si trasladas la maraña de puntos cuánticos en la que se basan a una velocidad superior a la de la luz, esta se deshace. Yo te hablo a través de un canal

causal alojado en tu implante de acceso, y tú me respondes por el mismo. Una vez que llegues a tu destino, pasará algún tiempo antes de que podamos volver a ponernos en contacto. Sin embargo, no estarás en peligro mientras permanezcas en el área de evacuación y no hagas nada que pueda llamar la atención.»

Miércoles volvió los ojos. Mientras los amigos invisibles pasaban, Herman era capaz de imitar a un pomposo líder juvenil con desagradable fidelidad. El oscuro vacío, salpicado por los destellos de las estrellas, cubría la pared más alejada, mientras que una suave marea de conversaciones ondeaba sobre la playa de cabezas que tenía delante. Un estremecimiento familiar la recorrió: demasiadas preguntas, y demasiado poco tiempo para formularlas.

—¿Por qué me dejaron marchar?

«No vieron en ti una amenaza. De lo contrario no lo habrían hecho. Perdóname. Queda poco tiempo. Lo que has conseguido es más importante de lo que puedo expresar con palabras, y por ello te lo agradezco.»

—¿Y qué es lo que he logrado? ¿Tan valiosos eran esos papeles?

«Todavía no te lo puedo decir. El primer salto se producirá dentro de menos de dos minutos. En ese momento perderemos contacto. Después de eso estarás ocupada. Septagón no es como Vieja Terranova. Ten cuidado, me pondré en contacto contigo cuando llegue el momento.»

—¿Pasa algo, Vicky? —Miércoles dio un respingo cuando se percató de que su padre la estaba observando.

—No pasa nada, papá. —Rechazo instintivo. *¿Dónde habrá aprendido a ser tan sobreprotector?*— ¿Qué es lo que va a pasar?

Morris Strowger se encogió de hombros.

—Eh, tenemos que hacer cinco saltos antes de llegar a nuestro destino. El primero... —tragó saliva—. A casa... eh, la explosión se produce en un lado. ¿Sabes lo que es la sección cónica?

—No soy tonta, papá. —Casi se mordió la lengua cuando vio su expresión—. Sí, he dado geometría analítica.

—Bien. La explosión se extiende en una esfera que se centra en, en... eh, casa. Seguimos una línea recta, o más bien un zigzag alrededor de una línea recta entre puntos equipotentes del espacio-tiempo, desde la estación, que se encuentra fuera de la esfera, hasta Septagón, que se encuentra también más allá pero al otro lado. Nuestro primer salto nos llevará dentro de la esfera de la explosión, a unos tres meses luz en su interior. El siguiente salto nos sacará por el otro lado.

—¿Nos vamos a meter dentro de la explosión?

Morris le cogió la mano.

—Sí, cariño. No... —Volvió a mirar hacia la pantalla, haciendo un movimiento con el cuello para esquivar una cabeza que se interponía en su línea de visión. Mamá, Índica, sujetaba a Jeremy por los hombros mientras ambos encaraban la pantalla—. No es peligroso —añadió—. Lo verdaderamente malo se concentra en el frente de choque, cuya densidad apenas es de un par de días luz. Nuestros escudos pueden soportar todo lo demás. De no ser así, el capitán Manneheim

habría optado por rodear la explosión. Pero eso nos retrasaría mucho, así que... —Se quedó en silencio. Una voz lastrada por un fuerte acento surgió de la pantalla.

—¡Atención! Les habla el capitán. Dentro de aproximadamente un minuto dará comienzo el tránsito de salto hacia Septagón Central. Tenemos por delante cinco saltos a intervalos de setenta horas cada uno, con la excepción del cuarto, cuyo lapso será de dieciocho horas. Nuestro primer salto nos llevará al frente de choque de la supernova: puede que las personas religiosas deseen acudir a los servicios múltiples que se celebrarán en la cubierta G dentro de tres horas. Muchas gracias.

La voz desapareció abruptamente, como si la hubiesen cortado. Un marcador de cuenta atrás apareció en una esquina de la pared, y empezó a descontar segundos.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Miércoles con tranquilidad.

Su padre parecía incómodo.

—Encontrar algún sitio en el que vivir. Dijeron que nos ayudarían. Tu madre y yo buscaremos trabajo, supongo. Intenta asimilarlo.

El negro firmamento salpicado de las joyas estelares rieló un instante mientras unos destellos proyectaban sombras multicolores sobre los que observaban. Tuvo lugar un suspiro colectivo: la visión del espacio que había en la pantalla de la pared desapareció, sustituida de inmediato por la cosa más bella jamás vista. Unas enormes y brillantes cortinas de luz, verdes, rojas y púrpuras, bloquearon la visión de las estrellas al tiempo que unos diáfanos mantos de seda fluorescente se agitaban en una brisa salvaje. En el centro destelló un brillante diamante cósmico mientras unas pesas teñidas de rojo manaban de sus polos.

—¿Herman? —susurró para sí—. ¿Ves eso?

Pero no hubo respuesta. De repente se sintió vacía, tan hueca como las entrañas de la joven nebulosa por la que la nave estaba avanzando.

—Todo se ha ido —dijo en voz alta, notando de repente que sus ojos estaban llenos de lágrimas. No protestó cuando su padre la rodeó con sus brazos. Él también estaba llorando; tan fuerte, que agitaba los hombros. Por un momento, Miércoles se preguntó qué podría estar echando de menos su padre, y entonces vislumbró la más pálida sombra de lo que podía ser y se estremeció.